

Juvencio Valle

Margarita



MARGARITA tiene a veces unas ocurrencias ardientes. De su boca salen abejas vivas, enormes árboles de fuego. En realidad no comprendemos a una niña tan desvanecida. No sabemos cómo un espíritu tan azul puede manejarse por tanto tiempo de rama en rama. Criatura de esencia y potencia, canta y baila en un remolino. Y a la par que habla, a nosotros se nos queman las manos o nos sentimos subir y bajar como en un ascensor del cielo.

Margarita cree que de las frutas salen las mariposas negras; que después de la medianoche los cajones vacíos se llenan de tierra; que las piedras subterráneas están repletas de pólvora. Y dicho esto pone sus dedos en vilo, los cuenta de cinco en cinco para conjurar el peligro terrible que se le avecina. Porque ella cree andar pisando sobre cuerpos discontinuos; cree caminar entre globos con humo y apresura su paso para no caer en disolución.

Pero de puro andar descubriendo fantasmas, Mar-

garita se olvida de su envoltura Luis XV o viceversa: el corazón se olvida del corazón, así como el pájaro se olvida de la rama en que canta.

Está llena de sabiduría, pero esa es una sabiduría trascendental, inicua, disolvente: aquí en la tierra produce escándalo. No se aviene con el orden regular de la inteligencia, no se ajusta a medida humana. Como el pájaro en la noche, desvaría por los extramuros. Hasta en el simple pan de la mañana, podría ella descubrir al matasiete que hace descalabros en el eje del mundo.

Su extravío es un movimiento constante; extendido de contrafuerte en contrafuerte; una cadena insistente creciendo de frenesí en frenesí. Pero un día cualquiera la mujer en potencia que hay en ella, deja de mano la flor, y entonces el ávido signo se bifurca y lo que hasta allí era comunión y elevación a la cima, queda convertido en puro despeñadero. En ese instante, es cuando la niña siente que una parte suya—esa que podríamos llamar de arrastre—no comulga ya con ella; no hace cola a su lado con su largo laurel extraordinario. Quizás en qué punto sombrío desbarranca la yegua; quizás en qué plano verde aparece la bestia de los alhelíes y echa a correr por el atajo. El animal se desembaraza, canta y cobra vuelo, y la niña bien quisiera dejarlo irse solo, pero lo lleva tan pegado a la cintura, es tan flor de su flor, que en realidad tendría que ser buen leñador quien se atreviera a cortar ese gancho. Ahí mismo, y por ambos frentes, comienza la batalla. De un lado se levanta el instinto y tira duramente

hacia los huesos; tira con delirio hacia la zona tórrida del individuo. Del otro, la paloma superlativa picotea en el cielo.

Margarita quisiera desentenderse, trasladarse de centro y orilla, acometer cualquiera inconsecuencia; pero ese es su propio y grande dominio, su cetro y su manzanar. Allí mismo se quema los ojos, allí arde perennemente sin poder poner a salvo sus bosques con faunos, sus templos con vírgenes sacrificadas. Porque sus sueños hacen turno junto a esa atmósfera viciosa. Le entusiasman a Margarita las bodas de la flor con el picaflor; el matrimonio de la mariposa con el algodón. Y levanta su nariz celosa por sobre las tapias del convento para pescar al vuelo el olor nupcial que viene de fuera.

Recuerda a sus compañeras de colegio, muchachas que eran una pura flor de té y que hoy son las matronas de rancos oficiales. Colgada del enorme brazo conyugal parecen una manchita inverosímil: algo así como una hilacha florida o un sincero abuso de la poesía. ¡Y qué pechos de carabina tienen esos hombres! ¡Qué humos de comandante!

Su vida, entretanto, es la de una hormiga portera. Vive cultivando su llanto glacial, su lágrima de dos picos, en donde el uno de agua fuerte y el dos de sal hacen la más amarga pócima de salmuera. Y por el otro lado la Madre Superiora no acaba nunca de sacudir harina ciega. Como una gallina vieja cloquea a la sombra de los naranjos, vigilando el lobo cauteloso que en cada

novicia duerme con un ojo abierto: desparrama agua bendita por debajo de las alfombras. Pero las oscuras tempestades no se apagan con agua.

Quizás desde qué balcón abierto cae sobre Margarita el azahar simbólico que es como una alegoría en la falda. De inmediato su cuerpo se transfigura, se encandila de orilla a orilla, rebullendo en él su contenido diurno la luz solar: se siente traspasada oblicuamente por el buen deseo. Ella lo defiende echándole nudos ciegos, recogiénolo a su lado como a un puñado de agua que se le va de todos modos. Mas, cómo sujetar lo que no tiene principio definible o como amarrar con hilo de oro la bestia indómita que se revuelca enseñando los dientes.

La grande y pura razón celeste se quiebra al peso de su humo sagrado y con ella juntamente cae su cielo final. Se desploma sin lugar a esperanzas en un aguacero que arrastra consigo su tintura expresiva, su actitud espontánea y su artemisa.

A la vista del hosco animal, las buenas hermanitas se golpean el pecho sin culpa y huyen despavoridas. Sus cuerpos se estremecen como en el agua clara junto a ese declive delicioso; ¡en plena casa de Dios, surgiendo esa manzana azul, en el cuerpo mismo de Margarita apareciendo toda esa inmundicia! Ella, la primera, dobla la cabeza en señal de horror y golpea la tierra con su frente. Se cree el blanco de oscuras potencias enemigas y pide en su confusión que se la trague la tierra, que se la coman las víboras ardientes.

¿Qué diría el árbol del paraíso si en su tronco constara el alcohol de madera? ¿Qué diría la amapola común si supiera que de sus jugos sacan el opio chino?

Margarita se sube a los techos del campanario y allí, sobre las tejas recubiertas de pasto lívido, expone su cuerpo a la acción de las fuerzas latentes. Desde abajo la mueven un poco los coros celestiales que atraviesan por el entretecho y, por opuesto lado, el sol eterno vuelca sobre ella sus trigos maduros. Retumban con gracia sus fuertes pulmones; respiran un aire de plumas y palomas, un agregado que se combate adentro, que naufraga en una aurora o que flota en un alba de campanillas. Se comprende que allí están interviniendo principios ponderables: marfiles, jacintos, corrientes puras y duras. Se adivina un río alrededor de Margarita, un río largo, material y cálido. Uno presume un hilo de narcisos húmedos, un conjunto de filamentos líquidos y elásticos. Pero el sol tiene sus hachas leñadoras, tiene sus cuchillos blancos y dondequiera que él apoya la punta de sus armas, la maría se evade temblorosa.

Margarita es pura. ¿Cómo hacer ahora un concurso de materiales livianos, cómo levantar una organización de cuerpos ligeros para desprenderla de su curso ideal sin derramamiento alguno de sus sales íntimas?